

# Al margen.....

ESTE título trunco podría ser integrado con sólo sustituir los puntos suspensivos por igual número de letras; y se obtendría una de las dos formas titulares que enseguida se enuncian:—«Al margen de un libro»—o «Al margen de una vida».

La una conviene al artículo que ahora estoy escribiendo; la otra pudo servir de título, o de subtítulo, al volumen impreso que es amable motivo de las presentes líneas. Pero no es así con esa segunda forma epigráfica—como se intitula el libro vivido y escrito por el culto diplomata y escritor cubano, de antigua cepa dominicana, que es don Manuel Márquez Sterling, muy señor mío y mi estimado amigo.

Como título de la obra surge de las sombras de la decena trágica—la de México—cual si fuese de los álgidos pliegues de un sudario, esta frase sustantiva de profunda melancolía:—«*Los últimos días del Presidente Madero*». Como subtítulo se desglosa del aparatoso e insincero protocolo, a la clara luz de la sinceridad y del civismo, aquesta otra frase de índole autobiológica:—«*Mi gestión diplomática en México*».

Por segunda vez acabo de leer sus nutridas páginas. Habíalas yo leído ya, hace cosa de un año, cuando el autor puso en mis manos un ejemplar, de gentil dedicatoria, a modo de obsequio de su espíritu a nuestra doble amistad intelectual y dominico-cubana. Empero esa lectura—la primera a que antes aludo—hícela a vuelo de pájaro (aunque mejor diría al vapor) mientras sobre las paralelas metálicas iba corriendo el tren que realiza en cincuenta horas el viaje de vía férrea desde el extremo insular de la Florida hasta la gran Metrópoli del dólar.

Presumo que entonces—acaso por las interrupciones que ocurren en tan largo itinerario—hube de pasar por alto, inadvertidamente, algunos capítulos de los de mayor relieve; pues ahora es cuando he venido a darme cuenta cabal de la positiva importancia de no escaso número de hechos y de actos, a la vez que del valor insuperable de las páginas del libro que a tales actos y hechos se contraen.

La delicadeza mental que siempre puse y pongo en la lectura de todo libro que en mí despierte desde sus hojas liminares alto interés ideológico u honda emoción estética, ha sido ahora completa. En la renovada lectura del volumen, sugestivo como pocos, he puesto en ejercicio armónico los tres organismos que integran el

espíritu, o sean las verdaderas potencias del alma humana: la voluntad, la razón y la conciencia.

No voy, sin embargo, a comentarlo con sentido crítico. Tampoco voy a glosar, pormenorizando, aquellos capítulos cuyas son las páginas de más intenso contraste, como de luz y sombra, por las cuales pasan en choque, o pugna de eternos adversarios: verdad y mentira, odio y amor, lealtad y felonía, civismo y cinismo, crimen y martirio; o, en conmovedora síntesis, la vida y la muerte.

Ni glosa ni comentario, que holgarían, he de hacer de cuanto expone el distinguido escritor, con gesto de nobilísima indignación a veces y a veces con actitud ecuánime, en su bien documentado y honesto libro. Sincero es el libro y convida, no a disquisiciones críticas o meramente literarias, sino a sentir y a pensar—desasido, uno de todo interés egoísta y de cualquier prejuicio—en las incoherentes alternativas con las cuales se desenvuelve el proceso del régimen político—que no jurídico—a expensas del régimen social y para su daño, en los países de sedentaria y voluble pseudo-democracia; como así mismo en ese pulpo victorhuguesco—de insaciada y perenne succión de sangre y de oro—que ha sido o es el Gobierno dictatorial de un caudillo, nepótico y despótico, a base de continuismo o de inamovilismo.

Deténgome, pues, abierta las alas de la emoción y del pensamiento, para ver y sentir de nuevo cuánto la pluma viril del veterano periodista fija—como en un poste de castigo ético—merced a las líneas de templado acero que consagra a hechos y hombres. Unos pasan, a buena luz de decoro, bajo el índice del deber imperativo o en el viacrucis del apostolado en fracaso; otros permanecen hundidos en cárdenas tinieblas, acumuladas por doble serie de errores y de horrores en la pavorosa jornada trágica donde proyectan sus rasgos de bestia humana ciertos monstruos que parecen escapados del infierno dantesco.

Deténgome para ver también cuanto—cediéndole algo a la diplomacia de los amorales—aparece a medias velado y hay que leerlo entre líneas.

¡Ah!, entre líneas he leído páginas del libro, en sumo grado discretas, pero de firme pulso, en las cuales se siente latir la fobia felina del tigre en acecho.

Hombres y cosas—las cosas y los hombres con alma o sin ella—están ahí, en el precioso volumen como vivo

testimonio de la lucha entre lo perennemente bello y lo más feo, en aquel fugaz período que fué un penoso tránsito de la vida a la muerte, destácanse, respectivamente, en el anverso y el reverso de una medalla forjada por la revolución a plena luz y por la reacción en la sombra. Esa medalla es de oro y de plomo. En el anverso, de oro solar, fulgura la serena efigie del apóstol *Madero*. En el reverso, de plomo mortífero, se obscurece la hosca silueta del... otro: *Huerta*. Mirándola, al claro de luna que proyecta el valioso libro en las tinieblas de aquella confabulación satánica, salta a la vista, atónita, un dato curioso y alertador. Es éste: entre los forjadores del feo reverso de la medalla aparece—con los hilos de la trama infernal en sus manos intrusas—un diplomático de diplomacia en mangas de camisa, cuyo nombre disílabo considerado de mal agüero, se me escurre de la pluma y se ahoga en el tintero.

Dijérase que ese personaje—a quien la mayoría de sus colegas, a fuero de decano o por el mito de Monroe, dejó las manos absolutamente libres—favoreció el uso de la medalla, en un juego de azar, para jugar a cara o cruz la obra nacionalista y democrática de la revolución y la vida del optimista que aquel diplomático tuvo por loco. Dijérase, así mismo, que el aludido diplomático, autor de conciliábulo y coautor en la amalgama de elementos hostiles y golosos, fué el superárbitro en aquella situación de tragedia que marca *los últimos días del Presidente Madero*.

Echo aún una postrera mirada encima del abierto volumen—acusador o revelador de intrigas y protervias—y vuelvo a ver que cada cosa está en su lugar y cada actor del drama ocupa su puesto. La pluma justiciera los ha situado bien en el cuadro. Estos: donde el deber, el apostolado o el sacrificio les dió cita. Esos: donde las pasiones, el interés o el crimen los sedujo y los retuvo. Entre éstos figuraron algunos reaccionarios, encariñados con el poder, la mira puesta en el caduco régimen caído. No todos, sin embargo. Hubo quienes, atentos a las nuevas orientaciones de la política, colocáronse y mantuviéronse, a honesta distancia del nuevo régimen, sin hostilizarlo.

Esa actitud asumió, entre otros, un noble espíritu y alto prócer de las letras y las ciencias sociales—que fué mi cordial amigo—fenecido ha poco en su voluntario ostracismo. El párrafo que el escritor cubano le dedica en su libro es una justa mención honorífica. Su nombre ilustre se me sale de la pluma y lo escribo conmovido: Casasús.

El sangriento episodio de la decena